

TIEMPOS Y FIGURAS DE SAN LUIS

URBANO J. NUÑEZ

(Año 1989)

INDICE

PORTAL	2
JUSTIFICACION	2
DON LUIS JOFRE, EL FUNDADOR	3
LOS JINETES DE BRONCE	4
MUJERES Y QUERENCIAS	6
DON MARCELINO POBLET	7
JUAN PASCUAL PRINGLES	8
EL CENTINELA DE CUYO	10
SAN LUIS PUERTA DE CUYO	10
LAS CHACRAS	11
UN ESCUADRON DE SOMBRAS	12
POLVO LANZA Y HORCON	13
GENESIS DEL MAESTRO	16
UN MAESTRO: SATURNINO GONZALES CAMARERO	17
PERFIL DE DON SATURNINO	17
EL FORJADOR	18
EL OBRERO Y SU HERRAMIENTA	19
LOS FRAGANTES CARMENES	20
AL COMPAS DE LA VIGÜELA	21
ALGUNAS MANIFESTACIONES CULTURALES DE SAN LUIS ..	23
LA MUSICA	24
EL TEATRO	28
EL PUNTANO	31
INVITACION AL RECUERDO	32

PORTAL

Las páginas que conforman esta obra, estaban silenciosamente guardadas. Esperaban que se abriera una puerta para volar...

Es un formidable testimonio de honradez, trabajo y coraje. Es un libro que no quita el sueño, sólo espera ser leído, meditándolo y aquilatando las fatigas de quien tanto batalló, para mantener vivas las nobles virtudes del generoso pueblo puntano.

“Tiempos y figuras de San Luis”, es un libro sano y saludable. Libro para abrir puertas y no para cerrarlas. Libro para mirarse las manos y sentirlas capaces de sembrar la buena semilla, libro que quiere mostrar al San Luis de antes, en sus personajes, para que nos demos cuenta, cuánto les valieron los sueños y cuánto les sostuvo la esperanza, libro que es adobe elemental o tal vez con pretensiones de ser cántaro para el agua que es de Dios, como el trigo.

En su desvelado quehacer, el autor, solía recordar con satisfacción aquel sentir de Lugones:

*“Los próceres nos dejaron,
en sus actos más bellos,
el duro y noble encargo
de ser mejores que ellos”.*

Espiga tras espiga, esta se siembra en la aromada tierra puntana.

Nelly de Núñez
Mayo de 1989

JUSTIFICACION

De todas las figuras que intentamos iluminar con verdad y amor, sólo una tiene estatua en San Luis.

Las otras moran en la cenicienta comarca de una historia que se olvida y se pierde, al soplo de la premiosa actualidad o de los agrios afanes utilitarios tan en boga.

Humildemente, con paciencia y agradecimiento, hemos querido aproximarnos a los que fueron, a los que están en la raíz de la puntanidad, a los que nos sostienen con la lección de sus vidas imitables.

No ha sido –ni es- el nuestro, vano de ambular entre ruinas. Buscamos luz, y ella se nos dio en consigna y rumbo. Consigna y rumbo en que el hombre de San Luis ahonda su fulgor de victoria.

La tierra nos manda ser fieles a los antepasados. Esto es lo que quisiéramos repetir, con la certidumbre y la fe del que siembra la buena semilla.

DON LUIS JOFRE, EL FUNDADOR

A este criollo decidido y generoso le cuesta, todavía, abrirse paso en el conocimiento y la gratitud de la gente de San Luis. Más suerte tuvo don Martín García Oñez de Loyola, al que la posteridad –apoyada a veces en escritorios de mucho empaque y poco fundamento- le dedicó calles, barrios y colonias, amén de las consabidas páginas encomiásticas con que tantos “quedan bien” con los muertos.

Si no hubiera sido por el frailecito Saldaña Retamar –entrerriano lindo y andariego, desconfiado como santo Tomás en tratándose de “autoridades”-, sino hubiera sido por su paciencia y su valentía, a lo mejor aún hoy seguiríamos creyendo que todo se lo debemos a Loyola, aunque el hombre nunca puso los pies en Cuyo, su Chile tramontano.

Ya en 1929 este buen dominico reclamaba para el general don Luis Jofré los honores de fundador, que la cómoda repetición y el terco empecinamiento le negaban.

Artículos periodísticos, conferencias, lecciones prodigadas a la sombra del templo de Nuestra Señora del Rosario, todo fue semilla nobilísima que fray Reginaldo de la Cruz desparramó, a veces sonriendo, a veces lamentando la dureza de quienes tienen oídos para oír y no oyen.

Pero ¿de dónde viene este don Luis, tan osado, tan lleno de preocupaciones por los indios? Para comprenderlo mejor hay que contemplar a su padre, el general don Juan Jofré, admirable tanto en sus andanzas de descubridor como en sus desvelos industriales. Porque este don Juan –casado con doña Constanza de Meneses- no es el tosco soldado, ambicioso y cruel, con que resuelven su problema de conciencia tantos iluminados.

Este don Juan, esforzado y bueno, es –en primer lugar- un hombre agradecido. Un hombre que no olvida a quienes le ayudaron y que, por eso mismo, sabe seguir sembrando el bien, ayudando a cuantos le rodean y apartándose de todo aquello que pueda ofender a Dios: el desdén por el prójimo, la ambición sin fronteras, la palabra ponzoñosa.

Y así como el padre, era el hijo. Hombre de espada y cruz, tesorero y magnánimo, emprendedor y firme, don Luis Jofré construye, edifica, funda y persevera, siempre con el alma abierta y la frente serena. Para servir a Dios y

al Rey gasta su caudal, mantiene soldados, soporta penurias, padece injusticias. Sabe que las obras darán testimonio del fuego que arde en su corazón. Y si los hombres las olvidan, mejor. Porque es a otro a quien debe dar cuenta de lo que hizo o dejó de hacer.

Dirá alguien que el ditirambo nos lleva a las nubes. Pongamos, pues, algo más en sus fenicias balances: el título de Maestro General del Reino de Chile, otorgado a don Luis Jofré “por sus servicios y experiencias en la guerra”; su amor por los indios, que acaso fue una de las razones que lo impulsaron a fundar la ciudad de la Punta; su devoción a Nuestra Señora, a la que dedicó la iglesia de la nueva población y en cuyo honor mandó rezar una misa en cada una de sus festividades, para lo cual dejó sus buenos patacones, como puede leerse en su testamento hecho en Santiago el 22 de agosto de 1611.

En ese documento, don Luis dispone también que se repartan mil ovejas entre los indios de su hacienda de Peteroa y ordena que sus esclavas Isabel y Elena, así como los hijos de ellas, no sean vendidos sino que permanezcan junto a sus herederos hasta que la muerte los reclame.

El general don Luis Jofré –que había nacido en la ciudad de Santiago de Chile y no en Madrid, como se afirma en alguna publicación oficial- contrajo matrimonio con doña Francisca de Gaete en 1588 y fue padre de cinco hijos: Juan Tomás, Luis, Diego, Beatriz y Luciana.

Agradecidos, ponemos en la lista a esa otra hija dilecta: la ciudad de San Luis de Loyola, Nueva Medina de Rioseco. Esa ciudad heroica que, junto a la serranía tutelar de la Punta de los Venados, convoca las voluntades para la honrada obra comunitaria, esa que florece y fructifica en la buena fe y la concordia.

LOS JINETES DE BRONCE

Como esos cardos que abrían su pupila azul empinándose sobre el calcinado navío de la osamenta blanqueada a puñaladas de jote y a picotazos de sol, la ciudad de la Punta nació entre gemidos de ruedas andariegas y alborozo de cencerros.

Acurrucada al pie de la serranía, un hilo de agua bordó en su soledad las estrellas de plata de la querencia, en tanto el camino le traía, engarzado en el andar de mulas y carretas, el mensaje color de esperanza de los renovados horizontes.

La huella fue rumbo y destino. Parche para redoblar dianas triunfales. Torzal para enlazar sueños y amores. Pero también río polvoriento que, tarde o temprano, lleva las almas cansadas hasta el patio de las casas, ensenada de los recuerdos donde es más fácil aguardar el último pregón de los gallos.

Sí: el puntano se templó a ese son de coraje y libertad. Engendradora por el trajinar de las tropas, la ciudad de San Luis de Loyola transmitió a sus

pobladores las rotundas características de ese quehacer viril que constituyó, durante muchas décadas, su principal ocupación.

Si bien es cierto que las constancias documentales, referidas al siglo XVIII, casi no existen en nuestros archivos, quedan aún algunos testimonios que permiten reconstruir esa modalidad de vida y recuperar así para la Historia ese dilatado campo tan poco frecuentado por los estudiosos y en el que cunde la leyenda o se eterniza la ignorancia, al amparo de las cómodas generalizaciones.

Reiteradas referencias revelan que la crianza de mulas adquirió notable desarrollo en las estancias de la jurisdicción puntana, establecidas en quebradas y rincones propicios para esa actividad. La periódica venta de ese ganado en las provincias arribeñas no sólo apuntaló la prosperidad de muchas familias de San Luis, sino que contribuyó al intercambio de elementos culturales, de los que no faltan rastros en los expedientes que se guardan en los repositorios de la ciudad del Chorrillero.

No menos valiosa, en ese sentido, fue la intensa relación mercantil con las otras regiones de Cuyo, Chile, Córdoba y Buenos Aires, además de la frecuente comunicación con el Litoral, a través de San Nicolás de los Arroyos.

Pero en el robustecimiento de las tareas ecuestres mucho influyeron las incursiones hechas en las pampas y las vaquerías que los puntanos, anualmente, realizaban en la campaña bonaerense, en la región señalada por las Salinas, la sierra de Casuatí, la costa del mar y la serranía del Tandil.

¿Cuándo comenzaron esas épicas jornadas? La más antigua referencia que conocemos data del 3 de enero de 1633, fecha en que al castellano don Juan de Adaro y Arrasola, Corregidor de Cuyo, desde la ciudad de San Juan, autorizó al sargento mayor Pedro Pérez Moreno, teniente de Corregidor de San Luis, para que, en persona, saliese a las pampas, fuera de su jurisdicción, “a mandar recoger caballos para el real servicio”.

Sin duda esta incursión tierra adentro en busca de baguales no sería la primera efectuada por Pérez Moreno, quien poseía marcado ascendiente sobre los indios. Pero más convincente que cualquier suposición es la solicitud que el capitán Pedro de Fuentes Pavón, el 22 de noviembre de 1650, hizo al cabildo de San Luis. En ella, el entonces Teniente de Corregidor pedía licencia para ir a la jurisdicción de Buenos Aires a buscar ganado, “pues está pereciendo su casa y la gente de indios y mucha chusma por falta de comida, que no la hay en esta ciudad”.

Tema épico es éste de las vaquerías, clavado hasta lo hondo en la carne heroica de la puntanidad. Y aunque para cantarlo hacen falta muy altas voces, nosotros trataremos de enumerar sus elementos para que otro busque, alguna vez, sus esencias.

Pasadas la estación de los fríos, se organizaban las tropas, cada una de ellas integrada por diez o doce peones, según la fortuna de la persona que encargaba la vaquería.

En esto es preciso de tenerse particularmente. Los documentos prueban que esas entradas eran, generalmente, costeadas por gente rica de afuera: de Chile, de Mendoza, de San Juan y de Córdoba. En contadas ocasiones participaban personalmente en la vaquería. La responsabilidad corría por cuenta de un vecino de San Luis, capaz y activo, que, el título de mayordomo dirigía la peonada y arriesgaba el cuero, para decirlo con la palabra justa.

Se llamaba Francisco de Tobar, José González Pallero, Francisco Días Barroso, Luis Chirinos, Baltasar de Miranda, Jacinto de Quiroga, Nicolás de Fredes o Luis Lucero. Y todos eran el terruño mismo, el alma prístina de la tierra puntana, galopando hacia el futuro.

Los peones –raíz del gauchaje- llegaban de todos los rumbos. A los camperos de la Punta, venidos de los senderos y rincones de Guascara, de Pancanta, de la Isla, del Potrero, de Guanaco Pampa, se agregaban pardos esclavos, mozos de las Corrientes, indios de los Valles cordobeses y otros que, entre revuelos de lazos y mugidos de vacas guampudas, habrán hecho nacer aquel interrogante famoso: “¿De qué pago será criollo?”

Hermoso cuadro éste que tratamos de reconstruir rastreando antiguas referencias. Hombres y pingos, de día y de noche, avanzando hacia el corazón del desierto, oyendo la música del viento en los pajonales, bebiendo con la mirada lejanías azuladas de misterio, enhebrado al resplandor de los fogones las coplas sentenciosas y los sucedidos en que lo fantástico serpentea como un refucilo.

MUJERES Y QUERENCIAS

Española, india, mestiza, todas sirvieron para aquerenciar al hombre puntano. Todas lo estaquearon a la tierra con el maneador de los hijos. Y lo hicieron volvedor, para que nada pudieran contra él los horizontes embelegeros, las huellas mentirosas de la libertad.

Por esas mujeres el rancho fue nido y la guitarra calandria. No hubo pena más honda que la de la ausencia, ni rumbo más cierto que el de la vuelta, ejes de carreta, chispear de cencerros, todo se hizo música para nombrar al pago. Y el agua, el fuego, el viento y hasta el polvo del camino le hablaron al corazón de eso que no necesita de palabras para hacerse entender.

El hombre iba y venía, trajinado siempre. Y la mujer permanecía, se eternizaba en la humildad de las casas. Horno, mortero, batea. Huerta y cocina. Y los hijos. Arracimados. Color de tierra la cara. Y el alma, como el agua del arroyo, clara.

El hombre llegaba y volvía a partir. Y la mujer –española, india, mestiza- continuaban ahondando el perfil de la querencia. Hilando, tejiendo, criando...

Sí: el puntano es aparcerero del a huella. Va con las carretas y las arrias para arriba y para abajo. Se interna en los campos del Sur detrás del ganado cimarrón o para renovar la porfía de los antepasados, marchando hacia adelante. Siempre tiene algo que preguntarle al viento, a la nube, a la arena, al pasto, a las estrellas. Y deja su marca tanto en la rivera remota como en la ciudad empinada.

Los trajines del gobierno se le hacen cuesta arriba. Y en más de una ocasión, hasta se da maña para no asistir al paseo del real estandarte. Sin

embargo, numerosas referencias demuestran que, más allá de formulismos y protocolos, el puntano amaba su tierra y la defendía no sólo del indio rebelde sino también del intruso y del ventajero.

En la ciudad de la Punta hubo, frecuentemente, rencillas y enconos. Pero esos mismos resquemores son señales del fervor de la sangre enamorada del terruño y capaz de entregarse en obras de concordia y generosidad.

Cuando es preciso renovar el Cabildo, antes de votar, se pide a los vecinos “de parte de Dios y de su majestad, que elijan alcaldes que mantengan la república”.

En esa fe que buscan “mantener la república”, conservar el bien de todos por los caminos de la paz y la quietud, finca el valor moral del puntano.

Y no sólo en el siglo XVII.

DON MARCELINO POBLET

La vida de este insigne batallador y paladín del terruño supera el escueto andamiaje de la cronología. Pero, antes de intentar una aproximación a su figura señera, preciso es mostrar los principales jalones de su quehacer enraizado fervorosamente en lo puntano.

Segundo y último hijo de Francisco de Poblet y Manuela Gómez de Lama, don Marcelino Poblet vio la luz en la ciudad de San Luis el 2 de junio de 1761.

Heredó de su padre la bella caligrafía, el conocimiento de la tierra natal, la minuciosidad responsable, el genio pronto y el dinamismo fecundo de los visionarios o heraldos del porvenir.

Escribiente en cuanta ocasión se presentara, en 1780 revistaba como miliciano en la Compañía Distinguida de Nobleza. En 1787, a poco de haber sido descubiertos los yacimientos de oro de las Invernadas, Poblet emprendió trabajos mineros en el Cerro Rico. Esa fue su principal actividad durante varios años, sin que ella lo apartase de su preocupación por los destinos de su pueblo.

Desde 1799 tubo a su cargo los dos molinos que don Agustín Jiadas había hecho construir en el paraje de las Tapias, el uno para triturar minerales y el otro para moler trigo.

Para prevenir sorpresas de indios, en 1807 se hallaba al frente de la guarnición del fuerte de San Lorenzo, en las cercanías del río Quinto. Y en esa sobresaltada frontera, en el lugar de las Pulgas, donde ahora prospera la ciudad de Mercedes, se estableció como uno de los primeros pobladores, para dedicarse a la cría de ganado.

Los sucesos de mayo lo encontraron entregado a las complejas funciones de Alcalde de primer voto, y a su recio temple se debió, sin duda, la celeridad y la valentía con que el Cabildo de San Luis prestó acatamiento a la

Junta de Buenos Aires he hizo oídos sordos a las órdenes y a las amenazas de Córdoba.

Electo Diputado, Poblet marchó a la ciudad del Plata y dijo, con el vigor con que él sabía hacerlo, el mensaje del terruño. Y allí, en esa Buenos Aires que se tornaba hoguera de pasiones, sufrió el oprobio de verse despedido, junto con otros altivos representantes de las provincias, que agriaban el urdir de más de un tribuno centralista.

Después, las supremas “razones del Estado” que hacían mentir a las páginas de la Gaceta y no se detenían ante el único patrimonio de los hombres de bien se ensañaron con él y fue confinado al paraje del Tala, al Sur de esa ciudad de San Luis que, a pesar de la ingratitud de sus moradores, seguía siendo la razón de sus desvelos.

Pleitos, contribuciones patrióticas, tumbos de la política, acechanzas de las enfermedades, todo acendró el oro de su espíritu. Y en 1815, aunque se abstenía de jurar el Estatuto Provisorio, se inclinaba reverente ante la imagen de Nuestra Señora del Rosario, a cuya cofradía se había sumado.

Elegido otra vez Alcalde de primer voto en 1816, encarnó cabalmente el heroísmo del terruño en ese sacrificio sin par que San Martín exigió de los puntanos. Y fue precisamente en la defensa de su tierra amada, en su lucha por amenguar el martirio de ese pueblo por el que debía velar y al que deseaba ver feliz, donde don Marcelino Poblet alcanzó la prócer dimensión que, aún hoy, el desconocimiento de la historia puntana y la indiferencia de una posteridad ingrata, no han sabido reconocer y honrar como lo exige el lema de LEAL Y GENEROSA que entonces San Luis ganó para sus blasones.

El rastro luminoso de don Marcelino Poblet se pierde en la noche de los tiempos idos. Quizás murió, como lo afirma el Padre Saldaña Retamar, en octubre de 1825. Pero los viejos papeles callan su partida, así como se levantan con claridad de antorcha y reciedumbre de montaña tutelar para repetir su mensaje y mostrar a los puntanos y a los argentinos todos, la certeza de un rumbo color de patria.

JUAN PASCUAL PRINGLES

Quien se detenga a considerar los elogios que sus camaradas de armas tributaron a Pringles, cuando largos años de silencio no habían hecho otra cosa que acrecentar su fama de valiente, advertirá con qué significativa uniformidad recuerdan todos sus cualidades morales, su espíritu de orden y de disciplina, su caballerosidad, su arrojo y su bizarría, virtudes todas que hicieron de él un oficial de mérito, un buen ciudadano y un excelente patriota.

Es innegable que su temple fue el de un auténtico varón sanmartiniano, honorable en el quehacer de todas las horas, bravo en el batallar, consecuente en la amistad y magnánimo para con el enemigo vencido, así como respetuoso de la voluntad de los pueblos.

Tal vez por eso mismo su muerte oscura tiene el sabor amargo de la injusticia, pues todo proclama que su espada de valiente entre los valientes no debía haberse quebrado así, bajo el peso de un infortunio que también le dolía al terruño, acongojado por la crueldad de la lucha entre hermanos.

Ese suelo polvoriento sobre el que onduló en vano el clamor del guerrero torturado por la sed de la agonía, conoció el afanoso trajinar de su juventud, cuando el tranco de las mulas cargueras abría los rumbos del trabajo por tierras cuyanas, desde el Chorrillero hasta los Andes, en un andar oloroso a jarilla y a pámpanos y en el que la tonada parpadeaba como la estrella del amanecer.

En el umbral de su vida castrense, la Patria prendió en su pecho la medalla con que premió a los decididos que sofocaron la conjuración de los prisioneros realistas. Cabal galardón para quien, durante toda su existencia, mostraría con su rectitud de principios la fecunda condición de un insomne **Defensor del Orden**, de ese orden sin el cual los pueblos sucumben, porque la anarquía los torna incapaces de guardar el sagrado patrimonio de la libertad.

A la luz del ejemplo sanmartiniano, Pringles encuadró su quehacer en esa disciplina capaz de los más grandes heroísmos y en la que el valor fructifica sin alardes, como para dar testimonio de un estilo de vida en el que las más dignas virtudes se conjugan para trabajar por el engrandecimiento de la patria.

De ahí que, en la epopeya libertadora, resplandezca con nítidos fulgores la acción de Chancay, tan semejante, por su contenido moral, a la entrevista de Guayaquil, verdadera batalla dada por el Gran Capitán para honor del vencido.

Y de ahí también que, en las cruentas jornadas de las guerras civiles, la figura de Pringles aparezca siempre nimbada por la hidalguía y la prudencia, como cuadrada a ese excelso caballero de la libertad, paladín de aquella Guardia Imperial de la Independencia, como llamó Sarmiento a los gloriosos restos del Ejército de los Andes.

Querido de superiores y subordinados, así como del adversario doblegado –al que siempre respetó con nobleza de militar pundonoroso–, nadie recuerda a Pringles una palabra hiriente, un gesto vil, un solo rasgo de crueldad o despotismo.

Ni la cobardía ni el crimen han manchado las bellas páginas de su historia, a las que su martirio agrega la perennidad de la palma que se entrelaza al inmarcesible laurel de sus glorias.

Y junto al bronce que lo ensalza, la gratitud de un pueblo heroico se vuelca hecha silencio emocionado, flor de cordialidad, palabra de esperanza, para que su espada justiciera siga señalándonos rumbos de luz.

En la memoria de sus virtudes nos ha dejado Pringles una herencia singular y magnífica que, si bien nos enorgullece, nos obliga también a aproximarnos, en el bregar cotidiano, a ese estilo de vida que para siempre grabó su nombre en la historia.

Estilo de vida que bien podríamos llamar puntano, porque hunde sus raíces en la esencia de esa tierra nuestra, ignorada tantas veces pero siempre dispuesta a prolongarse en pan de amor, en canto de fe, en mano fraternal tendida hacia los cuatro rumbos de la patria, de esa soñada **patria grande** que San Luis iluminó con resplandor de sables granaderos y con fulgores de cartillas.

Estilo de vida puntano que de Pringles viene y a Pringles nos acerca, para que el alma se temple en su grandeza de vencido vencedor.

EL CENTINELA DE CUYO

A la vera del camino de las carretas, San Luis fue, desde el principio, el centinela de cuyo.

Levantándose frente a las pampas donde se guarecía la indiada feroz, el puntano hizo de la lanza su cruz y su laurel.

Del Morro al Desaguadero, desvelada y heroica, la frontera opuso el bronce de su pecho a la furia de los malones.

Sediento, el polvo bebió ávidamente la sangre de los milicianos de San Luis.

Ahora, purpúrea, de ese polvo nace esta flor de evocación.

SAN LUIS PUERTA DE CUYO

Puerta de Cuyo, San Luis ofrece al viajero el cálido aroma de sus tradiciones y esa placidez fecunda que parece descender de la serranía para fortalecer el espíritu, nutriéndolo con la sabia telúrica de una estirpe heroica y sencilla, acostumbrada a crecer en soledades y silencios.

Perdida en el tiempo la fecha de su fundación –aunque fue en 1594, cuando el general Luis Jofré hizo flamear por tres veces el pendón real sobre la tierra recién bautizada- la ciudad de la Punta sintió siempre el escozor del camino que, como una flecha, hería sus carnes por el Oriente y el Poniente, sustentando su desvelo con la vibración de una dinámica urgida de progreso.

De cara al desierto, soportó el huracán de los malones y se asomó a las pampas neblinosas de misterio, en galopes interminables donde, más que el trébol, verdeaba la esperanza.

Conmovida por el reclamo de la patria, abrió al par que la mano el corazón. Y mientras se desangraba soñando con el sol de la libertad, la Historia escribió sobre su escudo el mote señero: LEAL Y GENEROSO.

Acostumbrada a dar, se olvidó de pedir. Pero en todas partes dejó una hazaña para recordar, un gesto para imitar, un nombre para bendecir.

Sencillamente. Como perfuma en la sierra el husillo. Como guarda el arroyo serrano la mística pureza de la estrella.

Su sed no es de agua, sino de justicia. Y su clamor como el del chorrillero, es un grito de salud, un ímpetu bravío que no busca abatir sino convocar las huestes fraternales para la grande empresa del bien común.

Que nadie le achaque hosquedad de chañar ni hurañez de travesía porque, desde el principio, se irguió junto al camino hecha mano de amor siempre tendida, y allí está. Y allí espera, puerta de Cuyo que tiene “del lado de venir puesta la llave”.

LAS CHACRAS

Pájaro sediento de cielo, el corazón vuelve una y otra vez a la quietud de este valle memorioso, donde toda melancolía se torna gorjeo.

Vuelve el corazón. Y en ese repetido volver se ahonda el antiguo mensaje del terruño y fulgura, más alta y luminosa, la estrella del buen rumbo.

Es que allí está la yerba que enjaya de esmeraldas el pecho de los antepasados; allí, el árbol que guarda en la piedad de su fronda el rumor de las plegarias, allí, el viento que revive el ardiente llamado de los clarines; allí, el cielo que se despliega en bandera de redención, sobre la América toda.

Todavía el tropel de los escuadrones conmueve la faz milenaria de la serranía; y en las abras y en los portezuelos la bruma del atardecer semeja un revuelo de cóndores sobresaltados por el avance de las legiones del Libertador.

Renovado portento que no pueden explicar las palabras, pero que inunda de gozo el alma, enamorada de esa placidez antigua, de ese heroico perfil serrano, de ese horizonte propicio a la eclosión del lucero.

Por eso el verbo de la evocación se aquieta, grillo en la tarde, detrás de la mata olorosa, a la vera del sendero manso, junto a la piedra que recuerda y glorifica. El lugar es propicio para que el corazón sediento de cielo, desgrane su trino vespéral que tiene fervor de rezo y humildad de ofrenda.

Allí siempre volvamos, como soldados, al pie del monumento jamás inaugurado, porque no necesitó de dianas ni de arengas para convertirse en fuente viva de patriotismo y de inspiración.

Allí volvamos, sintiendo la sangre el latido de aquella otra sangre venida desde los cuatro rumbos del terruño para levantarse en canto de fe y de valentía.

Allí volvamos, mirando a lo lejos por los mismos ojos de Pringles, de Pedernera, de Lucio Lucero, de Hernández, de Ozán, de los que viven en el bronce y de los que duermen bajo el polvo de la ingratitud.

Allí volvamos, sí, oscuros y simples soldados del Vencedor de la calumnia, del Maestro de renunciamientos, congregados para oír su voz que nos dice “Jamás hay razón para emplear la fuerza contra la patria misma”, su

voz de Patria que nos recuerda que “El fuego de la anarquía es el peor de los azotes con que el destino aflige a los mortales”.

Que sea su voz la que quede vibrando en la cordialidad aquerenciadora del valle de las Chacras, cenico nutricio del heroísmo, página imborrable de la epopeya.

Más allá de la sierra tutelar, por las calles de la ciudad querida, a lo largo de los caminos provincianos, o a lo ancho de la patria toda, todos tenemos una alta y sanmartiniana misión que cumplir. Que seamos capaces de verla realizada, sin olvidar que “Ha de brillar vuestra luz delante de los hombres”. Y que Dios nos permita ayudarnos, aunque sólo sea con el leve gorjeo de un corazón sediento de cielo.

UN ESCUADRON DE SOMBRAS

El río que a zarpazos de puma socava las rojizas orillas; la cerrillada que juega con la luz y con la sombra para detener el viento corsario; los pájaros, hermanos de los ángeles, que dulcifican la hosquedad del tala y convocan la gracia de la flor del espinillo; y también la arena sin memoria y el pasto que guarda el recuerdo de la lluvia; y el mugido del toro, y el alerta del perro, y la dura consigna del guijarro, todo nos dice que la frontera estaba en la sangre del puntano para eternizarlo en claridad de bronce.

Más ¿Quién será capaz de rehacer esos senderos de penurias, de angustias y de heroísmos que transitó la estirpe? ¿Quién contará, sencillamente, cómo fue aquello de tornarse escudo, tea y mensaje? ¿Y quién podrá devolvernos, áurea y vivificante, aquella fe que sostuvo a un pueblo aquerenciado en Dios?

Sombras, sólo cenicientas sombras vienen a acompañarnos. Y algo nos dicen. Pero no sabemos entenderlas, porque tenemos el corazón encallecido, ciegos los ojos, ensordecidos los oídos por el fragor de la discordia.

Sombras: las de los cautivos, que vieron rodar por el suelo honor, fama y virtud. Humillados, bajo el castigo, la mugre, el dolor y la vergüenza, ¿qué habrá sido de sus sueños, de sus esperanzas, de sus ansias de cielo? Crines al viento, alarido, tropel de muerte. Y un horizonte inútilmente luminado por el sol de cada mañana, que ya no aviva la confianza ni despierta las canciones.

Sombras: la de los baqueanos, con la carne y el espíritu afinados como una guitarra para entender el lenguaje del árbol, del polvo, del viento, de los pastos, del silencio. Misterio que aflora a la piel y que no necesita de palabras para volar de corazón a corazón, de alma a alma. Porque para el milagro de la baquía, todo está vivo, todo es vida. Hasta la misma muerte...

Sombras: las de los maestros de posta, que trocaron la soledad en querencia y le dieron el rostro moreno del pan, para que la bondad perdurase más que el dolor de las leguas. Domadores de todas las lejanías, que

iluminaron con la certeza del rumbo, engarzado en la hondura de un **Vaya con Dios.**

Sombras: las de los abastecedores, que siempre llegaban precedidos de la polvareda de los novillos flacones y los bueyes veteranos. Gente diestra para el cambalacheo, pero capaz, a veces, de alegrar el día con el brillo de unos realitos.

Sombras: las de los chasques de liviana alforja y boca portadora de novedades, decires y embelecocos. Señores de la huella y de las madrugadas, en las que bebieron el amor al misterio y a la inmensidad. Alas de buenas y malas nuevas, rumorosas también de añoranzas.

Sombras: las de los presos destinados a purgar su culpa zanjeando, cortando leñas o levantando tapias, con la infusa ciencia que da el sufrimiento. Rencor enconado o picardía agazapada, siempre dispuesta a hacerse perdiz. Por ahí, descanso de la mano tahúra que adivina triunfos en los granos de maíz que va dejando en el surco.

Sombras: las de los jóvenes oficiales que portaban los magros sueldos y los copiosos mensajes, anudándolos con las leguas del trajín. Heraldos del tabaco fuerte que, allá en el cantón, tanto mitigaba el hambre como apuntalaba el coraje en cada luna llena.

Sombras, pobres y últimas sombras: las de los soldados, con sus cotones rojos de picote salidos de los telares comarcanos. Llamadas del tiempo heroico descolgándose sobre los cerros y los médanos, sobre la pampa y el río, como testimonio de una enorme sed de ser, de perdurar gloriosamente en el telúrico acento de la tierra natal.

Sombras, humildes sombras de los antepasados... Que Dios la deje navegar por nuestra sangre, cielo arriba.

POLVO LANZA Y HORCON

Polvo ensangrentado, nube purpúrea y formidable fue el advenimiento de la montonera.

Desde que su galope estremeció los valles y robó el sueño a las poblaciones, ya no hubo paz para la mujer de San Luis. Racha de malos vientos sacudieron los ranchos y las almas. Malherido de lanzas, enrojeció el horizonte. Sable y tercerola contrapuntearon, fulgurante de rencor. Y la mujer dejó caer los brazos cansados, murmurando una plegaria.

Nada fue duradero: ni el sueño, ni el pan ni la esperanza. De pronto, sin decir palabra, los hombres se alzaban. Y se iban, Dios sabe dónde, detrás de la querencia levantada en caudillo.

Las mujeres quedaban allá, a la vera de unos maicitos, junto al agua escasa, alargando mansedumbres sobre la orfandad de los hijos...Las mujeres quedaban allá, sombras pardas, queriendo confundirse con el monte, con la totora, con la piedra, para que los poderosos no reparasen en ellas.

Sobresalto y rezo, rezo y sobresalto. Y monótono canto de mortero, cuando no cadencia de telar. Grande el hambre de los hijos. Pero más grande la constancia, más grande y pura la estrella de la fe.

Y tras la montonera, el zarpazo de la leva. El que es gobierno, demanda soldados. Y el que cae, cae. Buenos y malos se emparejaban, bajo el ojo del juez o del alcalde. Unos por blandos, otros por altivos, todos marchan. Y apenas si por ahí, en el patio del rancho, quedan caídas algunas espinosas semillas de rebeldía, que los hijos recogen y guardan con miedo, pulso adentro de la sangre.

¿Y la mujer? Ella sigue pegada a la tierra, oyendo su voz milenaria. A veces, clava los ojos en el cielo y parece que va a preguntar algo. Pero antes que pregunte, la respuesta vibra en su corazón. Y se queda callada, arca de soledades, brasa nochera, madre.

Del sur vino la otra tormenta, refucilando furias ranquelinas. Hediondo y feroz, el indio se dejó caer sobre las estancias, avanzó las poblaciones, convirtió en hogueras los ranchos, despedazo pechos y gargantas, se alzó con las mujeres.

Voces de todos los tiempos cantaron el martirio de las cautivas. Pero en San Luis fueron más los ojos que las lloraron. Ahora, ¿quién las recuerda? ¿O quién las evoca, al atravesar los campos del Saladillo, al orillar el río Quinto, al ver llegar la noche sobre los médanos o cuando la luna vuelca su maleficio cerro abajo, allá por el Morro o el Rosario.

Acento de zamba quisiéramos para nombrar a la Josefa Burgos, que los indio se llevaron de la Estanzuela y que a su pago volvió, silenciosa, junto al trompa Benjamín Videla, que la sacó de tierra adentro.

Y con el mismo acento contrariamos la historia de la María Dolores Lucero, robada del Pozo Cercado cuando tenía seis o siete años. Dicen que los ranqueles se la llevaron de regalo a un cacique chileno y que allá, en su toldo, vivió la pobrecita dos largas décadas. Cuando los soldados la rescataron, clamó por que la dejaran volver al rancho de su padre. Y acaso todavía alguien se acuerde de ella, en algún memorioso rincón del terruño.

Puntana era también doña Carmen Rivero. En un viaje que hacía con sus padres, cuando contaba quince años, el malón la arrebató del lado de los suyos. Después, los bárbaros la vendieron a un cacique araucano, quien se la llevó cordillera adentro. “En los primeros tiempos –narra la crónica- tentóle la esperanza de volver algún día a su tierra, y en varias ocasiones emprendió la fuga, pero en todas ellas fue sorprendida en la montaña, donde más de una vez estuvo expuesta a perecer de hambre y de frío”.

Durante diez años vivió con el alma vuelta hacia la tierra natal. Hasta que un día, viéndose ya madre de varios hijos que la respetaban y querían, se resignó con su suerte y dejó de pensar en su país.

Así la crónica. Y dice bien, porque dejar de pensar no significa olvidar. Que eso, olvidar a sus pagos de San Luis, es lo que jamás debe de haber podido la muy puntana Carmen Rivero.

La ciudad de Mercedes, orgullosa de su presente, no quiere recordar sus orígenes. O ensaya, cuanto más, loores a los mártires del combate de la

Ensenada de las Pulgas, olvidando que otra sangre y otros sacrificios son los que le dieron vida.

Antes que Fuerte Constitucional fue San Ignacio. Allí en el reducto construido por don Pablo Lucero, y también en el paraje de Yulto, las mujeres tornaron menos dura la vigilia del soldado. Después, cuando los jueces de toda la jurisdicción se dieron maña para cumplir las órdenes que Daract impartió para aumentar las plazas del Regimiento N° 4, ellas fueron señuelo o amadrinaron novatos, apagando rebeldías, enconos y nostalgias.

¡Y vaya con la gente que caía al cantón! Al principio, vagos y malentretenidos pidió el gobernador; luego se conformó con que fueran “los más desocupados”. Y, al fin de cuentas, sólo se libraron los que tenían padrinos que intercedieron por ellos.

Si los comisarios no mienten, puede afirmarse que el Regimiento de Iseas se completó con ladrones, desertores y criminales. No faltaron, eso sí, los simplemente sospechosos, los ambulantes y los atrevidos, según el sambenito que les colgaba la autoridad, que siempre conformaba al Gobierno, aunque para ello tuviera que pasar “sobre el clamor de los habitantes”.

Frecuentemente, esos destinados marcharon a las Pulga con sus familias. En 1859 había en el Constitucional 204 mujeres para racionar por cuenta del Estado. Ese mismo año, a mediados de octubre, cuando por orden del gobierno se retiró la ración a varias familias de solteros, don Juan Gregorio Novillo no dejó de advertir que “las más estaban cargadas de obligaciones y que algunas tenían hasta ocho hijos”. Y aún el prudente Comisario: “Aunque sean solteras, la familia es de la tropa”.

De aquellas madres de la frontera podemos y debemos recordar algunos nombres. Se llamaban Petrona Tello, Rosario Velázquez, Leocadia Garay...Y también Rosa Figueroa, Inocencia Jofré, Juana Paula Zapata o Carmen Serrano.

Junto a ellas, hermanadas por el coraje y el estoico bregar, vivían su existencia paralela, sin otro horizonte, las bien maridadas, esposas de oficiales o de comerciantes progresistas: Rosario Lucero de Betbeder, Petrona Soria de Junco, Agueda Bustamante de Astudillo, Carmen Fernández de Jofré.

Y hay otra más...La Historia no se detuvo a recoger su nombre. Pero estuvo allí, apuntalando el rancho elemental con su constancia florecida en silencios y su fe, alta como las estrellas y amiga como la luz del candil.

Ella estuvo allí, bajo el alero estremecido por la racha sureña, junto a los robustos caldenes de la empalizada, hermanos suyos en eso de aguantar a pie firme lo que Dios mandara.

Ella estuvo allí, oscura y simple como el adobe de los muros, oblicua como la jarilla, que tanto despertaba el jocundo bailoteo del fogón cuando se brindaba generosa a sostener la confianza de pajas y cortaderas, obligadas a dragonear de techo para el rancho asentado en la amplitud del desierto.

Vino detrás de su hombre, lo mismo que un perro fiel. Cuando el comisario dio a la escolta la orden de marchar a la frontera, ella hizo un atadito con las pocas pilchas del ajuar y, con su hijo apretado sobre el corazón, cabalgó también hacia el porvenir.

No le importaba que a él lo llamaran ladrón, vago, rebelde o jugador. Era su hombre, el padre de sus hijos. Juntos tendrían que andar hasta que la muerte viniera a pedirles cuentas. Pero antes de eso, ahí estaban sus manos para amasar el pan moreno y para enjuagar alguna lágrima, si cuadraba.

Al fin y al cabo, la vida no es ni una quebrada ni un cerro ni un arroyo. Y menos, mucho menos, un patio emparejado a fuerza de pichana, o la sombra de un molle perfumado. La vida es andar y andar, sobresaltada el alma, sedientos los ojos, temblorosa la esperanza. La vida es ese amor agridulce, y esa presencia de pocas palabras, y ese llanto de niño que tiene hambre.

Se vino, sí, con sus trapos y sus cachorros. Y con su fortaleza heroica, que era la que daba vigor al brazo cuando blandía la lanza guerrera o daba rumbo a la pala civilizadora... Se vino, para que el Fuerte Constitucional fuese algo más que un cantón. Porque, aunque la Historia se haya olvidado de apuntarlo en sus amarillentos papeles, ella, la mujer, fue la que le dio un alma a la nueva población.

Vanidosos y egoístas, los hombre se esmeraron en eternizar las andanzas, buenas o malas, de su orgullosos. Prolijos y fatuos, grabaron la piedra y el metal para proclamar **Aquí estuve yo, Aquí mate, Aquí fui más que otro...**

Tan sólo el polvo del camino o las flores del campo saben algo de aquella que se llamó Valentina, o Bruna, o Pantaleona, y que fue, heroicamente, la mujer del soldado.

La mujer del soldado... Flor del aire bajo el alero, palabra de Dios en el pan recién horneado, surco de eternidad a lo largo de los días y las noches, alta estrella celeste sobre el dolor del fortín.

GENESIS DEL MAESTRO

Alternando el libro con la espada y la pluma, el maestro puntano abrió los caminos del saber. Heroicamente, nutriéndose de fe, llevo al abecedario por todos los rumbos y enseñó a mirar sin miedo el horizonte.

Durante muchos días su pan fue amargo y enorme su soledad. Pero la sierra tutelar le había dado temple de vencedor. Y se eternizó desangrándose, trocándose áurea simiente de porvenir.

Los hombres y mujeres de la cartilla augural dieron a San Luis un inefable fulgor divino. Porque el Verbo aromó sus huellas e iluminó de esperanzas sus lecciones.

Reverente, al recordarlos, el corazón los contempla más allá del bronce y del mármol, en plenitud de amor.

Y bendice su quehacer, acercándose al Padre Norberto Laciari, que fue el primer Rector del Colegio Nacional.

UN MAESTRO: SATURNINO GONZALES CAMARERO

De este español tesorero y fervoroso, no era mucho lo que sabíamos, aunque algo vislumbramos de la luz de su espíritu, paciente y humildemente, remontando el río silencioso de sus discípulos: aquel Juan Tulio Zavala, flamígero de rebeldías, y aquel Nicolás Jofré, reconcentrado en sí mismo frente al reptar de los ruines, fresco y claro como un manantial en su cotidiano darse a la juventud.

Fácil hubiera sido novelarle una vida imaginaria, apoyándose en los recuerdos desperdigados o en las utilísimas referencias agavilladas por el cariño –y el sudor– de más de un proletario de las letras. Más, como tantas veces, preferimos doblar la frente sobre la tierra labrantía de los documentos, para abrir el surco y cosechar la espiga. Porque de acrecentar las trojes se trataba, y no de aprovecharse de ellas, como hormigas.

PERFIL DE DON SATURNINO

Era don Saturnino Gonzáles Camarero generoso y trabajador, franco y recto en el decir y el laborar. Entraba en su carácter “estar siempre dispuesto a hacer en favor de la sociedad y población en que vive”, aunque, por esa misma razón, “no faltaran necios y maliciosos que dijeran que no era extraño que nadie lo quisiera, pues en todo se quería meter”.

Su dignidad no dejaba “pasar sin correctivos especies groseras y calumniosas”, porque con vivo celo velaba que su “inmaculada reputación no fuera manchada con embutes”. De ahí que abriera de par en par las puertas de su trajinar, pues con no callar lo hecho “se evita la crítica mordaz que lastima las reputaciones y enerva los mejores propósitos”.

Por ese rumbo, su palabra firme cuando no era ortiga era puñal. Y como don Saturnino no detenía ante el relumbrón de los apellidos ni se andaba por las ramas de los árboles genealógicos (proficuos, tantas veces, en nutritivas bellotas), no era extraño que, por todas partes, se le echase encima el nubarrón de la discordia o la garantizada de la calumnia.

Pero como apoyaba sin temor los pies en la tierra de su bregar y conocía el mundo, pudo decir sin lirismos:

“La antipatía y rencor que en las poblaciones suele existir entre hombres de diversos partidos políticos; el antagonismo de intereses peculiares en muchas ocasiones; el deseo de ejercer ciertas influencias en las poblaciones, para que todas las cosas se atemperen a sus gustos y caprichos, cuando no sean que se dirijan a favorecer sus negocios particulares; la necia e insensata complacencia de satisfacer miras poco nobles de determinadas personas y, finalmente, la osadía y presunción de hombres ignorantes que se creen, sin escrúpulo de conciencia, servir para todo, son generalmente las causas que apartan a muchos de las vías de rectitud, celo y actividad, tan

necesarias para el cumplimiento de su deber en toda clase de negocios y problemas”.

De roca el alma, qué mella podría hacerse el urdir de los encaramados o algún “impúdico y asqueroso artículo que, llevados del despecho, por carecer de un átomo de razón y encontrarse en tantos conceptos culpados”, oscuros medradores pudieran publicar “ocultos tras el velo de los calumniadores”.

No ignoraba el maestro “el carácter y tendencia que aquí hay para abusar en todo y para todo” y sabía que “la generalidad de las gentes manifiestan muy claramente marcada hostilidad hacia aquellas personas que tengan inteligencia y valor suficientes para notar, criticar y lamentar los infinitos abusos y faltas cometidas en asuntos que en tan gran manera atañen al decoro, a la economía y a la moral pública, tan necesarios a la prosperidad y bienestar de las poblaciones”. Por eso se preguntaba (y les preguntaba a los falaces usufructuarios del desorden) “qué calamidades son más terribles ni aceleran tanto la ruina de las poblaciones, como funesta e insensata conducta de aquellos de sus habitantes entre los cuales jamás reina la buena fe?”

EL FORJADOR

Seis meses le bastaron a Gonzáles Camarero para probar, al frente de la escuela graduada de la Villa de Mercedes, establecida en mayo de 1878, su recio temple de maestro:

“Se ha conseguido mucho con haber logrado que los alumnos hayan adquirido los hábitos disciplinarios que se refieren al buen comportamiento, aseo y limpieza, amor a la escuela y al estudio de que carecían, y que al mismo tiempo perdieran las malas costumbres y vicios de que se hallaban plagados en lo referente a los malos modales, desaseo, haraganería, propensión al insulto y a la mentira, repugnancia al trabajo, etc., pudiendo decirse que si todavía no se ha logrado extirpar por completo tan malos gérmenes, son ya de carácter menos grave los que aún subsisten, y no pueden ser extinguidos radicalmente en tanto que los padres de familia no sean un poco más celosos por la educación de sus hijos y se pongan de acuerdo y en relación con el Director de la escuela para prestarle el concurso y ayuda que es su deber prestar”.

En este punto no deja de insistir. Afirma que la “negligencia y escasez de amor a la educación y cultura de los pueblos” no sólo priva de adecuados edificios a las escuelas sino que “al mismo tiempo arguye un débil patriotismo”. Y, si bien conoce como necesaria “la influencia e intervención del Gobierno a las gentes ignorantes y de miras estrechas el mal que se sigue de obrar con mezquindad y mal entendida economía, al tratar de las obras públicas”, clama con rotunda voz de profeta mientras discurre la caravana utilitaria:

“Cómo llegaremos a poder inculcar a tan abandonados padres y tutores el sagrado deber en que se encuentran como tales, con relación a sus hijos y dependientes, y muchas otras

observaciones que no deben ignorar si de buena desean la educación de los mismos?

Abroquelado en la honradez de su tarea, no tolera que los niños concurren a la escuela “a la manera de rocines, sin que les importe otra cosa a ellos ni a sus familias”. No tolera, porque “un digno Director de educación o Preceptor, no puede consentir que los alumnos asistan de una manera inconveniente y sin los preparativos necesarios, porque la enseñanza y la escuela se reducen a farsa y se degrada”.

EL OBRERO Y SU HERRAMIENTA

“Si faltan los medios que constituyen lo que se llama menaje o enseres de una escuela, apenas podemos decir que ésta está creada”. Claro lo dice González Camarero; más, con la misma claridad, recuerda que, “es bien sabido que el ingenio y la instrucción de un buen profesor pueden suplir y suplen en gran parte la falta de útiles con que transmitir la enseñanza”.

Insobornable, alecciona con fervor:

“En una escuela **lo es todo** el personal. Si el personal es bueno, la escuela será buena y dará el fruto que se desea de esta sagrada y civilizadora institución; si es malo, la escuela, siendo fervorosamente mala, no sólo derrocha infructuosamente el presupuesto dedicado a su sostén, sino que la población se desalienta y desmoraliza, pierde la fe en la eficiencia de estos establecimientos y descuida o aborrece lo más santo, lo que más le interesa: la educación y la cultura de sus hijos, sin la cual se quedan miserable e ignominiosamente postergados en el camino de la civilización”.

Señala, sin sombras, “la falta de un personal auxiliar de profesores apto e idóneo para el desempeño de su cometido” y sin temor pide la sustitución de quienes “carecen de la aptitud física, moral e intelectual que se requiere”. Pero no reclama peras al olmo, sino que pone el dedo en la llaga para que nadie alegue ignorancia del mal:

Es menester cuidar también de que los profesores no ejerzan a la vez cargos incompatibles con lo que exige el buen desempeño de su obligación en la escuela. Se ha llegado algunas veces a establecer indiscretamente una tolerancia abusiva a este respecto, fundada en que, por la escasa dotación de los preceptores, se les puede permitir otra ocupación, cuyo producto sirva de complemento a su corto sueldo, para satisfacer sus necesidades. El motivo es laudable y piadoso; pero la tolerancia se ha de conceder con discernimiento y después de haber investigado y averiguado la justa necesidad y la garantía o seguridad de las demás ocupaciones que el preceptor pueda tener, no perjudiquen en lo más mínimo la de la escuela”.

Y “conforme a su franqueza y rectitud”, escribe don Saturnino para todos los tiempos:

“La experiencia hace ver que los que desempeñan otros cargos a la vez, por lo general, desatienden mucho su obligación de profesores, no sólo en lo que se refiere a las faltas de asistencia y puntualidad, que destruye la buena marcha y disciplina de la escuela, sino, lo que es más grave aún, se presentan sin la preparación debida por falta de tiempo, como sucede a los desaplicados por haraganes, resultando por consecuencia una marcha lánguida en la clase, una rutina pobrísima e infructuosa, que reduce la escuela a una especie de prisión a que se somete a los niños cuando el preceptor, por sólo un imperio ceñudo y brutal quiere conservar el orden, o ya se convierte en una reunión desordenada de niños que, por pasatiempo, van a la escuela, viciándose deplorablemente cuando el profesor, usando de una tolerancia nociva, se hace el indiferente o sólo piensa en si se acerca o no la hora de salida”.

Así pensaba este poco recordado maestro mercedino. Así pensaba y así escribía, sin preocuparse de “cómo tendrían dispuesto el amasijo” ni de qué pensarían y dirían los “faméticos y maliciosos aduladores, enemigos de todo aquello que manifieste visos de orden, rectitud y regularidad”.

Por donde bien se ve que don Saturnino González Camarero como aquel paisano que Lugones eterniza en el bronce de su romance, andaba siempre “buscando las ocasiones, de clavarse como un Cristo”. Aunque por otros caminos.

Caminos que seguiremos recorriendo, alguna vez si Dios quiere y no nos alcanza la lanza de algún Longinos.

LOS FRAGANTES CARMENES

Tenga el alma su hora...y en esa hora, celeste de adivinaciones, contemplemos al Padre Laciari en su Colegio puntano, lámpara encendida por la esperanza para alejar las sombras de los malos tiempos, modesta casa del saber que preanuncia la galanura de la que, andando los días, será la Plaza Pringles o Parque de las Flores, como la nombrará el labio enamorado.

Allí, en el solar que fue de los Granaderos y donde Facundo estuvo preso, el Padre Laciari transita su camino de fe.

Algunas veces, con el pecho conmovido por las alas del ángel, hace brotar del piano serenas y leves melodías que lo sumen en singular arrobó.

En otras ocasiones, apartándose del añejo breviario, su mano campesina da vueltas las páginas de los orgullosos libros que proclaman el horizonte nuevo, ese de la civilización todopoderosa. Y suspira el Padre, en tanto inclina la cabeza dubitativamente...

Algunas tardes, cuando el cielo se empurpura con la sangre del ocaso, el Padre Laciár pasea por el huerto o se detiene en la buena vecindad de los durazneros, rodeado por un puñado de alumnos dilectos.

Recorre entonces a su Virgilio. Y por fragantes cármenes llega la Belleza, que siempre sabe aleccionar con dulzura.

“No dejéis tierra inculta”, enseña el poeta. Pero también es guía de prudente y musical palabra:

*“No en todos los terrenos todo va bien, por cierto.
“Nacen el sauce en ríos y el álamo en pantanos;
“Prefiere el fresno el monte de guijarros cubierto;
“Ama el mirto las costas...”*

-¿Y estos algarrobos? ¿Y estos chañaritos? –se pregunta, corazón adentro, el Padre Laciár. Y contempla a sus alumnos, tronchando el verso inmortal y tornándose todo él celeste verso de ternura.

Sus alumnos... ¿Por qué caminos los llevará la vida? ¿Y con qué cruz cargará sus espaldas, que ahora son como lirios gallardos mecidos por la brisa de la tarde que se va?...

Alguno vestirá la toga que es claridad y compromiso. Sentirá otro, junto al muslo, el frío reclamo de la espalda. Otro andará por pampas y sierras, renovando la consigna de los jinetes de epopeya que navegan por su sangre altiva.

Pero otro, sí, otro será poeta. Y dejará que todos pasen presurosos tras el reclamo del dinero, de los laureles, de los mentidos paraísos, mientras él, pequeño y leve poeta, descifra el inefable misterio de la rosa...

AL COMPAS DE LA VIGÜELA

Uno fue poeta. Se llamaba Emeterio Pérez y guardaba en su pequeño cuerpo un corazón henchido de amargura. Sus andanzas por Buenos Aires, si bien le dieron ciencia, ahondaron su melancolía. Y al regresar a San Luis, con cadenciosos versos expresaba su sentir de buen puntano:

*“¡Cuanta ventura para el alma encierra
Tras larga lucha con la suerte impía,
Volver a hallar en la nativa tierra
El objeto que fue de su alegría!*

Doliente, más que sensitivo, preparaba un libro que habría de titular “Penumbras”, como si no fuera otra la cosecha de su vida signada por el infortunio.

En ese año de 1882, los versos crepusculares de Emeterio Pérez vibraban al mismo son que las esperanzas de los puntanos, cansados de reclamar sueldos atrasados.

Receloso, el gobierno veía en todo sutiles tejemanejes políticos y daba mandobles a diestra y siniestra, difuminando suspensiones y despachando regueros de cartas para el Ministro de Instrucción Pública.

Como la tormenta crecía, las autoridades nacionales resolvieron enviar a un conspicuo pacificador. Así, en la noche del 25 de mayo de 1882, llegó a San Luis el Vocal Inspector del Consejo de Educación don José Hernández.

Por cierto que no reseñaremos sus actividades oficiales, que fructificaron en un valiosísimo informe publicado meses después en el "Monitor de la Educación Común". Preferimos, en cambio, anotar brevemente otras idas y vueltas del "popular orador y escritor".

Los intelectuales, los trabajadores del pensamiento, los paladines de la cultura se reunieron con Hernández en el "Liceo Artístico" para celebrar su arribo. Estaban allí poetas y periodistas, músicos y dibujantes, abogados y ensayistas. De más de uno se podía afirmar que era masón. Pero, lo que deseamos destacar muy bien es que no todos eran puntanos nativos y que hasta había algunos españoles de pura cepa, hermanados todos en una empresa que nunca ha sabido de mezquinas fronteras.

Allí, en ese local de la calle Belgrano, ya abatido por las impías y desmemoriadas piquetas del progreso, en honor de Hernández leyó Emeterio Pérez los endecasílabos de su poema "La libertad", celebrado y reproducido después en algún periódico porteño.

Pero ¿qué era el "Liceo Artístico"? No nos conformamos con recordar que allí se enseñaba música y dibujo. Más grato nos resulta repetir las palabras de Hernández, al dar cuenta del resultado de su comisión:

"Existe en aquella ciudad (de San Luis) un establecimiento de moderna fundación, del cual no debo prescindir en este informe, pues, aún cuando no esta comprendido en la educación común, tiene por objeto cultivar ramos importantes para la mejora y el progreso social.

"Bajo todos los conceptos es un establecimiento de alta importancia y sus iniciadores, así como los que cooperan a su sostenimiento, son dignos de todo elogio".

Y agrega Hernández, otorgando a los puntanos otro galardón

"No conozco ni tengo noticia de que no exista en la Republica otra institución análoga, pudiendo asegurar que la de San Luis se halla en el mayor grado de prosperidad, y que proporciona a aquella ciudad un medio fácil y barato de cultivar ramos delicados que son el complemento de toda buena educación".

Con una agradable tertulia, efectuada el primer domingo de junio, fue despedido el "distinguido literato". Dejamos para otra pluma la crónica detallada. Nosotros –como ya lo hiciéramos hace cerca de dos décadas– recordamos "dos estrofas que, en grandes letras doradas, impresas, y en el centro de un cuadro que adorna la pared, habían sido dedicadas al héroe de la fiesta:

*"Pasarán las edades, en la tierra
Que cuna fue del inmortal Moreno,*

*Y cuantos bienes el progreso encierra
Se anidarán en su fecundo seno.*

*Pero, en tanto que el sol de su bandera
Alumbra desde el Plata hasta los Andes,
Para honor de la Patria venidera,
Vivirá el gaucho y su cantor HERNANDEZ”.*

ALGUNAS MANIFESTACIONES CULTURALES DE SAN LUIS

“La historia clásica sola no basta para darnos el cuadro del pasado cultural, porque no inquiere en el alma”. Así lo afirmó, con pluma rotunda, ese paciente y nobilísimo esclarecedor de las raíces nacionales que fue don Juan Alfonso Carrizo. Y añadió, bien seguro de lo que decía: “Si entramos en las salas de un museo histórico, sólo veremos casacas, gorras, sables, fusiles, prendas de vestir, utensilios de la vida diaria, en fin, muestras de todo cuanto dejaron en la tierra al irse las generaciones pasadas. Pero si no tenemos una poesía, una tonada, una leyenda, un escrito, algo siquiera de la vida espiritual, no tendremos sino una pobre idea de aquellos hombres, y en efecto qué pobre idea tendríamos de la cultura de nuestro pueblo campesino si viéramos únicamente su indumentaria y su rancho. Más que pobre: acaso despreciable. Pero lleguemos al alma; oigámosle cantar, oigámosle referir sus cuentos, sus leyendas, prescindiendo en absoluto de la cáscara que la injusticia o el abandono han puesto en él, y uno se verá transportado a otro mundo”.

Como buen maestro, Carrizo nos dio generosos rumbos: “Volver al solar de los abuelos para crear con el recuerdo de sus hechos y de sus virtudes una fuente emocional como obsesión debe ser el imperativo de la escuela de hoy, máxime en esta hora de descomposición en que vive el mundo, porque es de vital importancia la unión fraternal en la familia, en el tiempo y en el espacio. La escuela debe ser la madre que maneja los hilos invisibles de la tradición hogareña, pues en ella y en las virtudes ciudadanas radica la fortaleza de la nación, el estímulo en la paz y el aliento en las horas de infortunio”.

No es un mero capricho de anticuario ni es tampoco el afán de apergaminarnos con el título de eruditos, lo que nos ha guiado en la rígida tarea de recolectar los testimonios que forman la escueta gavilla de esta ofrenda.

Por sobre el polvo del tiempo y a través de los abismos de la indiferencia, queremos unir el presente y el pasado puntano, para tratar de comprender a un pueblo que, de tal magnánimo, está dejando perder lo mejor de sus tradiciones.

Y no otra cosa que lazos de amor ponemos entre hogaño y antaño, porque de otro modo sería la nuestra labor efímera y vana. Eso sí: el amor no nos ha cegado, pues hemos tenido delante de los ojos y sobre el corazón

encendido, la enseñanza magistral que nos manda ser probos, esencialmente honrados, porque somos escribanos que damos fe de los que existe en el campo de nuestras búsquedas.

No venimos a deslumbrar con la pirotecnica verbal de tantos irresponsables que se apartan del empinado camino de la verdad, para ir a refocilarse entre las cambiantes nubes de la fantasía.

Y si no traemos el pájaro que haba ni el oro de Ofir ni las manzanas de las Hespérides, nuestras manos callosas se alegrarán al allegar, sencillamente, otro bloque de piedra recia para la historia de San Luis.

LA MUSICA

Durante muchos días, el aire de la ciudad nueva no debe de haber sabido de otros sonos que los arrancados al parche de la caja de guerra.

Sobre el tenso cuero de cabra, los palillos marcaron el itinerario del coraje que se había plantado allí, a la vera del camino, a la sombra de la Cruz, alta la frente y el corazón esperanzado.

Antes que la campana, fue el tambor el que convocó a los pobladores para la plegaria, que los concitó a la lucha y al regocijo. En alas del redoble, los hombres abrieron las puertas del horizonte azul, trazaron sobre la piel morena de la tierra, el tatuaje de plata de las acequias y abatieron las banderas de sus afanes ante la misericordia del Señor, que ponía estrellas y espigas en sus soledades.

Más, en contrapunto misterioso con el tambor de los españoles, los parches indígenas levantaron su voz fronteriza para volcar sobre la ciudad un hálito de salamanca.

De ello nos informa un proceso iniciado allá por 1707 a Simón, indio mendocino frecuentador del Chorrillo, quien trataba de curar a doña Teresa de Acosta. Preguntado “de qué achaque estaba enferma la dicha doña Teresa, dijo que estaba de maleficio que le había hecho la india nombrada Mariana, la cual dijo que era bruja y que le había hecho dicho daño y mal en el muslo de la pierna izquierda, sobre el lagarto. Y preguntándole que cómo tenía arte la dicha india para hacerle dicho daño, respondió y dijo que por mano de su diablo le había hecho y que por un tamborcillo tocado y tañido por ella, era ceremonia e instrumento para hablar con dicho su diablo y que de esta suerte se comunicaban”.

La caja de guerra brinda el pórtico adecuado para la publicación de bandos de todas clases y enmarca los pregones que, “con atlas e inteligibles voces” de tal o cual negro esclavo o indio ladino.

Al tambor bélico, tornado un tanto ubicuo, se suman luego los pífanos de agudas voces. Música marcial que acompasó las primeras salidas de los puntanos, cuando Buenos Aires reclamó sus brazos. Así, en la recia lucha contra el inglés invasor, los Voluntarios de Caballería de San Luis fueron alentados por el premioso batir de las baquetas que empuñaban Pedro Pérez, Francisco Romano Gallardo y José Julián Gutiérrez, valientes ignorados por la historia grande.

Después, en el desvelado alerta que fue escuela de sacrificio para este pueblo, trompas y clarines encendieron refucilos de angustia y heroísmo que rasgaban la polvareda emponchada de luna de los indios del sur, o clavaba sus encorvados pregones en la carne rojiza de la montonera.

Pero también la ciudad del viento potro sabía de otras armonías, propicias al florecer de los sueños y a la eclosión de la ternura.

El arpa –arroyuelo cautivo y por eso más melancólico- lloraba sus querellas en las noches profundas o engalanaba con gorjeos del pájaro del monte la liturgia, sencilla como el chisporroteo de las toscas velas de sebo ofrendadas a la virgen del Rosario o a la Inmaculada.

Don Francisco de Tobar tenía una, en 1702; los jesuitas trajeron otra, justamente treinta años después; y no deja de mencionarse en 1806, pues por entonces Bartolomé Luis Torres, vecino de Santa Bárbara, dejó al morir “un arpa con su llave de hierro”.

Acaso fuera arpista Pedro Gil Becerra quien en esta ciudad en agosto de 1759, declara haber recibido del maestro de campo don Gabriel de la Cámara “unos lomillos de cuero **crudo** con cincha y estribos de palo, todo viejo, en dos pesos, por los mismos que me debían los bienes de don Gabriel Páez difunto, dimanados de la música que asistí en su entierro y cabo de año, en cuyo precio se tasaron”.

En las alucinantes tierras de Carolina –donde el resplandor de oro despertaba soterradas pasiones- vibró el cordaje sutil de un salterio, tañido por doña Walda Sosa, quien tal vez plañía la ausencia de su esposo, muerto en prisión.

Y aunque la caja, tanto en la ciudad como en la campaña, convocaba al rosario o precedía, temblorosa y grave, a la imagen de Nuestra Señora o de algún campesino, también el violón, en la iglesia matriz, daba tono al responso y dulcificaba su voz en las fervorosas novenas que imploraban la lluvia o impetraban protección contra las pestes.

Don Francisco Rodríguez –quien durante muchos años enarboló el estandarte real en la víspera y festividad de San Luis Rey de Francia- fue dueño de dos violines, de los que, en 1809, se dice que tienen arco y que están en buen uso.

Violinista era también el maestro José Cuello, que trabajaba como zapatero en la Carolina, allá por 1840. Y don Mauricio Daract, por encargo del gobernador don Pablo Lucero, en 1847, compraba en Buenos Aires dos violines, por los cuales pagó algo menos de once pesos en total.

A fines del siglo XVIII, la iglesia del Señor de Renca tenía un órgano, acaso el mismo que fue destruido en 1832 por los ranqueles, quienes se llevaron muchas de las flautas.

Cinco años después, en esta ciudad, muere el doctor Mauricio Herrera, que fuera gobernador en Catamarca y maestro de latinidad en San Luis, donde dejó, además de numerosas obras de jurisprudencia, un clarinete y una flauta.

Debía ser éste un instrumento bastante apreciado por esa época, pues en 1838 don Tomás Peñaloza remite desde Buenos Aires nada menos que tres docenas de flautas, que tal vez fueran para cambalachar a los indios.

Don Juan Pablo Duboué –aquel famosísimo francés, trompa del Regimiento de Auxiliares de los Andes y emisario sagaz que tantos dolores de cabeza dio a los federales- tenía por esos años una flauta, con la que acaso alegraba en San Francisco sus días de refugiado.

Pero el instrumento que en todo el ámbito de la jurisdicción puntana aparece mencionado casi tanto como los santos, es la guitarra. Desde 1726, reiteradamente, la hallamos mencionada en los papeles de nuestros archivos.

En 1803 hallamos la primera referencia a música mecánica, pues ese año, desde Buenos Aires y para el negocio que don Isidro Suaste atiende en Renca, se remite un organito.

También en Renca, pero en 1851, don Ladislao Mendoza vende al cura Juan José Gil una caja de música de cilindro, cuyo valor –45 pesos- debía ser pagado con lana.

Don Juan Barbeito, al morir en esta ciudad en 1872, deja entre sus bienes una caja de música con el cilindro en mal estado, por lo que fue tasada en 25 pesos.

Después de esto, sólo nos resta mencionar a aquel pintoresco personaje al que, certeramente, Hernández ubicó en su **Martín Fierro**, con cuatro versos justos: “Allí un gringo con un órgano / y una mona que bailaba / haciéndose ráir estaba cuando le tocó el arreo”. Villa Mercedes lo vio surgir, más o menos en 1873. A veces no pasa de un nombre: Blas, Francisco...Pero, por ahí, le da la razón al inigualado cantor dejándonos hasta su apellido: Domingo Carelloni. O, más rotundo y sugestivo: Domingo Chirole.

No son muchas las referencias sobre conjuntos orquetales antiguos que hemos hallado en los archivos sanluiseños. Sabemos, sí, que cuando Don Vicente Dupuy asumió sus funciones de teniente gobernador, a fines de marzo de 1814, fue recibido con música, la que estuvo a cargo de varios tocadores encabezados por José Santiago Acosta, así mismo maestro zapatero.

Dupuy, con el propósito de atizar el fervor patriótico de los puntanos, aprovecho todas las ocasiones que se le presentaron para entusiasmar al pueblo. Las fiestas mayas y la toma de Montevideo se celebraron en San Luis con misas y bailes, en los que intervino también la pequeña orquesta de Acosta. Con este conjunto, Dupuy enseñó a cantar el Himno, mérito éste que hay que agregar a los muchos que supo conquistar entre nosotros el fiel camarada de San Marín.

Esa actividad musical no decayó después de la amarga expulsión de aquel enérgico oficial. En 1822, tanto al depositarse en la iglesia de los dominicos los trofeos tomados a los realistas en el Perú, como en la celebración del 25 de mayo y durante la novena del Patrón San Luis, el pueblo disfruta de música, de entonces data la primera noticia sobre la composición de una auténtica orquesta puntana. La cuenta originada por el novenario y el baile del Santo Patrono, expresa lo siguiente: Doce pesos al maestro violinista; doce pesos al maestro Cosme (que tocaba el violón), dos al de al tambora; dos al del triángulo y tres al negro Antonio, por el arpa.

En 1825 la orquesta constaba de violín, guitarra, tambora y triángulo, siendo el violinista José Crispín.

También en ese aspecto el gobierno de don Pablo Lucero ofrece notables referencias, que no han sido debidamente valoradas por muchos de nuestros estudiosos. Cuando la batalla de Angaco –librada el 16 de agosto de 1841- don Pablo se esmeró por aprisionar la banda del general Acha, lo que hizo después de demostrar a Benavides que había advertido la jugarreta de querer **mandar adelante** a los puntanos.

Vuelto a su provincia, Lucero alentó la formación de músicos militares como civiles. En este último campo comienzan a aparecer en los documentos

nombres como los de Domingo Saravia, Tomás López y Luis Ojeda y se menciona con insistencia el violín, la tambora, o bombo de nuestros días y el triángulo.

Al recibirse, en 1847, los dos violines que don Mauricio Daract remitió desde Buenos Aires, Lucero –que se encontraba acampado en el lugar de Las Pulgas- escribe a Herrera, que lo reemplaza al frente del gobierno: “El par de violines son por cuenta del Estado para que don Luis Ojeda me enseñe a dos muchachos; y estos querría que fuesen los hijos del finado Cosme, y en defecto de éstos los que se puedan conseguir, con tal que sean criollos y de esperar que no saldrán de la provincia por calaveras”.

Para celebrar la festividad de San José, la orquesta puntana actuó en el Morro, en 1851. Los músicos eran Luis Ojeda y Domingo Saravia, violines; Modesto Alberdi, clarinete; Pablo Calderón, bombo; y Antonio Delgado, triángulo. Al año siguiente, los violines se elevan a tres y en 1853 se agrega también un trombón bajo.

Por entonces, ya la banda ha tomado cuerpo, bajo la dirección del clarinetista Modesto Alberdi. El gobernador don Justo Daract la consolida mediante la incorporación del inglés Juan Gassner como director. Al referirse a ella, en mayo de 1858, el periódico “La Actualidad” dice que “es una de las mejores de la Confederación”. “La Capital –agrega aludiendo a Paraná- es quizá la única que tiene hoy una banda de música superior a la de San Luis”.

Después de Gassner – que fue asesinado en 1862, a consecuencia de un baile de extramuros- actuaron sucesivamente al frente de la banda José Dimporzano, Andrés Martinet, Guillermo Díaz, Alejandro Táliche, Juan Bautista Fontis y Agustín Molinari.

En 1874, su repertorio incluía algunos pasodobles, “II Trovatore” y “Norma”. Después vendrían el “Danubio Azul”, polkas, mazurcas y habaneras como “La Niña Pancha” y “No me aprietes”.

Quien primero se dedicó a la enseñanza de la música vocal e instrumental en medio de la culta sociedad puntana” –son sus propias palabras- fue don Luis de Paz, llegado a esta ciudad a fines de 1872. Enseñó gratis a cuatro niños para la iglesia y dio lecciones de solfeo, dos veces por semana, a las alumnas de la escuela dirigida por doña Feliciano Jofré. El gobierno le encargó, asimismo, dictar un curso para los maestros de a campaña, los que se reunieron en esta ciudad en enero y febrero de 1873. Ese mismo año, para agradecer las atenciones que le había dispensado el gobierno, Paz dedicó a don Juan Agustín Ortiz Estrada una misa solemne que compuso y fue cantada en la iglesia el domingo de pascua.

En este aspecto de la música sacra, debemos destacar que en la función del Rosario de 1863 estrenóse en San Luis un órgano que, en esta ciudad, construyó el joven catalán Felipe Portell y Petit. Al referirse al acontecimiento “El Porvenir”, da cuenta de que en el flamante instrumento “tocaban alternativamente nuestro amigo el señor Santa Ana, acompañado de la pequeña orquesta organizada por el señor Ojeda, y el mismo constructor, que une a su talento de artífice la disposición musical”.

EL TEATRO

La gracia sencilla y leve de los títeres puso su sonrisa feliz en las tardes de la Punta, allá por 1800. Diversión que habría portarles de luz a la fantasía o volcaba su grano de sal sobre la adustez apergaminada de funcionarios de toda y campanillas.

¿Quién podría decir desde Cuándo los niños reían con ellos en San Luis?. Lo cierto es que, en una prorrata para regadío, hecha en 1805, aparece aportando tres humildísimos reales - ¡oh eterna y celeste pobreza del arte!- “el que hace monicacos”. Y más tarde, cuando es preciso cubrir las dietas del diputado que Mayo convocó a Buenos Aires, el hombre de los muñecos risibles se asoma a la Historia y dice su papel, como en multicolor tingladillo: “Gregorio Titiritero, ocho reales”.

Después, en aquella época en que los hombres rasgan el aire con vítores provocativos o queman Judas en las plazas para aleccionar a los **flojos** e **intimidar** a los temerarios, bajo los arcos de las fiestas patrias el Payaso desata la risotada estentórea, por cuatro miserables reales. Que no dan para más las arcas del gobierno ni hay dinero en el mundo que haya podido pagar nunca la risa heroica de los histriones.

Pero el progreso llega también un día a San Luis, para intrigar, desde las columnas de su único periódico –“La Actualidad”- a las gentes de esta tierra, con la noticia de un Polyorama –nada menos- que, cual magnate porteño de esos que socavan la Confederación, promete maravillas.

La tal palabrita Polyorama era como para rumiarla con desconfianza entre mate y mate o tomando el solcito en las vacías mañanas del invierno puntano. Que no había sido bien comprendida por los no muy numerosos lectores del periódico de Sáez, parece demostrarlo un nuevo aviso, publicado algún tiempo después en el apedreador vocero del jurista mendocino. Bajo el título de “Salón óptico”, podía leerse allí que “en casa de don Félix Quiroga se exhibirán vistas de los principales lugares de Europa y otras partes del mundo, cambiándolas todas las noches. Se divertirá además la concurrencia con una hermosa música. Entrada, dos reales”. Sin duda, Polyorama y Salón Optico eran lo mismo que, en tiempos coloniales, hemos hallado mencionado en Buenos Aires con el sugestivo nombre de “Tutti li mundi”, o sea un modesto precursor del cinematógrafo.

La ciudad de San Luis fue visitada, también en 1858, por una compañía de acróbatas que decían ser norteamericanos. Y aunque no hemos encontrado otros antecedentes anteriores, suponemos que estos espectáculos no serían desconocidos para la Punta, situada en el obligado camino entre Chile y Buenos Aires o Córdoba. Ubicación que, a lo largo de los siglos, algo debe haber contribuido al conocimiento de novedades, tanto en el plano de lo material como en el otro, siempre más difícil de rastrear, de las ideas.

Sin apartarnos de nuestro quehacer documental, diremos que en aquel año de 1858, después de “Los Acrobáticos”, actuó en San Luis una compañía de funámbulos, dirigida por Pedro Serrato. Las funciones tuvieron lugar en el cuartel de policía, a la caída del sol; y en la del domingo 24 de octubre, según la información periodística, la señorita Concepción Serrate hizo en el alambre flojo la prueba de fuego, ejecutándose también la pantomima del Perro de Inglaterra.

Aprovechando la festividad del Santo Patrono, en 1870, la Compañía Platón presentó sus perros y monos “industriosos”, como así también un conjunto de acróbatas. Y unos meses después, como informa la Intendencia de Policía, Antonio Fareste pagó tres pesos para poder actuar como prestidigitador.

A partir de 1870, las constancias que guardan nuestros archivos son más abundantes a este respecto, pues los bailes, los músicos ambulantes y los espectáculos públicos se habían convertido en fuente de recursos para el erario, mediante el pago de la licencia o permiso correspondiente. Sabemos así que en 1874 se presenta en nuestra ciudad una compañía de acróbatas y en Villa Mercedes lo hace una de equitadores, que acaso fuera la misma. Algo más tarde, esos conjuntos recorren el interior de la provincia, pues se los menciona en San Francisco, en Quines y en la Villa de Dolores, nuestra Concarán actual. La compañía que el verano de 1877 dio dos funciones en Merlo, estaba dirigida por don Honorio Palacios.

Con sobradísima razón, alguien podría aducir que esto de que venimos escribiendo, no es el teatro. Pero creemos nosotros que estas deshilvanadas referencias podrán servir de punto de partida para estudios más profundos, al mismo tiempo que ayudan a reconstruir un pasado no muy conocido. Sorteando disculpas que no hacen más que revelar nuestro modestísimo aprendizaje en el quehacer histórico, vamos a narrar un interesante caso ocurrido en la muy tranquila y cautivante ciudad de San Luis, allá por 1790 y tantos.

Sucedió que una noche de verano, mientras se hallaban reunidos en la esquina y tienda de don José Ponciano Real varios parroquianos, don Ignacio González Pena quiso poner un poco más de pimienta en la rueda, propicia siempre a la broma, sobre todo cuando caía a ella un forastero, como sucedía entonces.

Con mucha seriedad anunció don Ignacio que se había determinado “a disponer una comedia”, para representar en los días de la Pascua de Resurrección. Pero, eso sí, debía ser con la condición de que un comerciante chileno allí presente hiciese el papel de gracioso.

Como buen chileno, el forastero no tenía nada de tonto. Aceptó el papel, pero con contrato; es decir: dejó bien claro que entre don Ignacio y él se establecía una recíproca obligación y que el que faltase a su debido cumplimiento sufriría la pena de 25 pesos.

Y se armó el pleito, pues la comedia no se representó. Al verse acosado por el chileno –que había tomado muy en serio su papel de gracioso– el que echó a rodar la bola pretendió excusarse diciendo que **por trisca** se habían impuesto los 25 pesos de multa. Explicó también que, al comprobar que las cosas iban tomando feo color, busco sujetos capaces y repartió entre ellos los papeles, aunque todos dijeron que era imposible aprenderlos en quince días. Para el colmo de males el señor Vicario, al enterarse de estos preparativos, dijo que no habría de permitir que en tiempo de Semana Santa se hicieran ensayos públicos, “de que se evidencia que en término de diez días debían quedar los representantes diestros para la operación, cosa impracticable para unos particulares que nunca han versado tal aplicación”.

“Pero –añadía don Ignacio refiriéndose al chileno– si se halla tan deseoso de manifestar su grande habilidad en el papel de gracejo... digan los sujetos a quienes se les repartieron los papeles el tiempo que necesitan para

aprenderlos y representarlos, que lo que hace al costeo, de mi parte estará pronto”.

Todo fue en vano. No hubo representación, don Ignacio tuvo que pagar los 25 pesos de multa y nosotros salimos ganando, pues nos ha quedado la primera nómina de algo así como un **teatro vocacional** puntano: José González Pena, Juan Antonio José Real, Manuel Montes, Pioquinto, Plácido Laconcha, Ignacio Pena, Pedro Bargas, Lorenzo Herrera y Martín Gormas, el gracioso chileno.

También don José Santos Ortiz trajo de los claustros cordobeses una marcada afición por el teatro. En su villa de Renca y en esta ciudad, dirigió más de una representación, según escasas referencias, correspondientes a 1822, así lo testimonian.

Las fiestas mayas de 1837 fueron celebradas en San Luis con dos noches de comedia. Y 20 años después, como certificando la persistencia de una noble inquietud, se formó en la Punta una sociedad Gramática, que precedía don Buenaventura Sarmiento y de la que era secretario don José Veloz Rúa. Como escenógrafo actuó Carlos María Rivarola –el ingeniero genovés delineador de Fuerte Constitucional o Villa de Mercedes- y los decorados fueron pintados por Tristán Lucero y Juan Gassner, director de la banda de música. En cuanto el repertorio, seguramente debe de haber sido elegido entre las piezas dramáticas y los sainetes que Melitón Arroyo remitió desde Mendoza.

“El Oasis”, a mediados de 1870, en uno de sus comentarios reclamaba un teatro para nuestra ciudad, escenario entonces de los espectáculos que ofrecía la “Gran Caravana de Perros y Monos Sabios” del señor Platoni.

Por esa época comenzaron las funciones de beneficio. En la realizada en 1871 para ayudar a los enfermos de fiebre amarilla de Buenos Aires, se recaudaron 165 pesos con 75 centavos. Una suma casi idéntica produjo, tres años después, la representación que una compañía lírica dramática ofreció “a favor de los coléricos de Villa Mercedes”.

¿Dónde se representó esa función? Tal vez en el teatro provisorio que, a fines de setiembre de 1872, don Luis Duval ofreció construir, mediante un contrato con el gobierno. Duval –que había pintado las primeras tablillas o carteles con los nombres de las calles de nuestra ciudad- dibujó los planos de la sala, del telón de boca y algunos decorados.

En la nota que dirigiera al ministro Pruneda, decía Duval, un poco trabajosamente: “En el camino de adelante de esa provincia, será a mi parecer un paso inmenso et me será grato, si no es yo que le hacer, dejar a su ilustre gobierno los planos”. “Más o menos tarde –añadía Duval- se hará un teatro. El progreso lo quiere”.

Tenía razón don Luis. El teatro se hizo, por iniciativa del Liceo Artístico, fundado el 13 de diciembre de 1880. Desde años atrás, sin embargo, aficionados puntanos representaban en el Club Social dramas como los titulados “Flor de un día” y “El esclavo de su culpa”.

En ese quehacer olvidado, se destacan los nombres de dos españoles a quienes mucho debe la cultura: Joaquín Carlés y José Borrás, infatigables obreros del pensamiento que llenan con su dinamismo toda una época –y por cierto que no la menos brillante- del vivir sanluiseño.

EL PUNTANO

Justito ahí, donde convergían y se sacaban chispas los afanes de los cuyanos, en ese espolón de bravura y soledad, nació el puntano. Y para no enredarse en averiguaciones, no quiso ser mendocino ni sanjuanino. Nació para ser él: puntano. Ni más bueno ni más malo que ninguno; pero con un horizonte propenso al heroísmo delante de los ojos.

Se pegó a la sierra. Mejor dicho, se le entregó en cuerpo y alma, para sentirla amada desde el bronce de la piel hasta el fuego de la fe que le llameaba en coraje. Y la sierra lo nutrió con su savia milenaria, con su sangre de astros muertos, con su pan de austeridad.

Todos los rumbos de la rosa de los vientos lo convocaban con su aroma de misterio. Pero él se agarraba fuerte a su tierra, así como se aquerencia el clavel en la esperanza del monte.

Sobre el lomo de su caballo, sin prisa, llamó a la puerta de los amaneceres, para hacer la mañana en la temblorosa intimidad de las estrellas.

Averiguador y noticiero, anduvo de caldén en caldén, de laguna en laguna, buscándole las cosquillas al desierto. Cuando el malón se tendió en pampero de alaridos, levantó el brazo hecho a los tigres. Y el relámpago pago de su lanza hizo relinchar de miedo a los Baguales.

Pero no se durmió en los laureles. Apenas si se dio tiempo para cambiar tacuara por la guitarra, calandria enamorada del humo de los fogones. Cuando se puso a cantar, hasta el viento se amansó en los pajonales, para no lastimar la piel de seda de la tonada.

De todos lados lo castigó el infortunio. Pero siguió firme en su empeño. Carretero, aprendió el secreto de todas las huellas y no se dejó deslumbrar por el señuelo de los litorales. Arriero, conversó con los senderos altos y comprendió que la piedra también sabe dar lecciones.

Hermano del quebracho, apuntaló con su reciedumbre la patria nueva. Y un día, como si tal cosa, el sable de los granaderos le floreció en la mano ruda, preludiando glorias.

Pampas y cordilleras se quedaron mudas ante su arrojo sin par. Y el fiero océano se tendió a sus pies, para arrullar ese coraje que se condecoraba hasta en las derrotas.

Pobre y desnudo, se vistió de libertad y salió a derrochar guapeza por los sobresaltos confines del terruño. La polvareda escarlata de las montoneras le mordió el pecho y le desgarró, con un zarpazo de puma, la garganta trocada clarín para vivir la esperanza hecha caudillo.

De todas partes salieron a rastrearlo con los mastines del odio. Lo acosaron. Lo acorralaron en los montes, en las quebradas que recordaban su mansedumbre encendida de plegarias y tonadas.

En las barrancas de los ríos familiares, en los bordos de los arroyos que en antaño dialogaron con su corazón, vio llegar el tropel de la muerte en el nubarrón que vomitaban los fusiles.

De las astillas de su lanza, de su sangre clamorosa de libertad, renació un día en la cartilla. Y se fue de mano en mano, de alma en alma, repitiendo su mensaje. Ese mismo mensaje que oyó el viento bravío cuando el afán de los cuyanos meció su cuna agreste en la punta de la sierra fecunda.

En las páginas moteadas de negro, su heroísmo de hoy es el de ayer y es el de siempre: hondo, sin alarde, dispuesto a florecer en generosidad sin límite.

Cuando el mármol y el bronce quieran eternizar la trayectoria del puntano, levantarán en la cúspide del homenaje nada más que la figura de un maestro.

INVITACION AL RECUERDO

A pesar de que, diariamente, añadimos a nuestro desayuno una generosa dosis de buena voluntad, cada vez nos cuesta más armonizar las enseñanzas de los viejos maestros con la acción estridente y amnésica de ciertos innovadores. Porque, si bien ayer nos aseguraban que las tradiciones son la base de la nacionalidad, hoy con el señuelo de pretendidos reencuentros, se nos formula una desconcertante invitación al olvido de los muy nuestro.

Y es por la vía de nuestro pasado que tenemos que arrojamos en lo que configura la arquitectura de nuestra historia, de esa historia, de esa cultura que, no debemos olvidar tan fácilmente, y no arrancar el recuerdo del doctor Gilberto Sosa Loyola, uno de los puntanos que más derecho tiene a vivir en el cariño del pueblo, porque toda su vida la ofrendó a esta tierra de sus afanes y para la cual nunca quiso el fácil mandar de los de afuera.

El doctor Sosa Loyola era ya ilustre cuando llegó a las altas posiciones del Estado. Estas palabras, dichas junto a su tumba, hayan firme sustento en una obra fecunda y llena de amor que nadie ni nada podrá desgajar del acervo tradicional puntano.

Hombre de nobilísimas inquietudes, Gilberto Sosa Loyola, buscó por la aspereza de sus días y sus noches la delicada flor del arte y el pájaro maravillosos de la ciencia. De una y otro recogió la esencia y escuchó el gorjeo, tanto que su vida se apagó sencillamente, con la humildad de la llama que no ha brillado en vano.

Alguna vez hombres fraternales y ecuanímenes estudiarán con amor su labor de jurista, su obra histórica, su desvelo literario. Y hallarán sin duda, encendido y viril, su pasión al terruño, su anhelo de libertad, su desdén por todo lo que huele a envidia y a rencor.

No fue inútil su dura vigilia ni huera su dignísima pobreza que nunca le atildó la palabra para la mentira o la adulación. Por el contrario: sobre los yermos de la inopia tendió el vuelo sereno de los espiritualmente libres y en el fulgor de las estrellas encontró consuelo para las espinas del sendero.

Más no dejó por eso de mostrar su claro blasón cuando el fango pretendió salpicarlo. Sus palabras fueron entonces clarín guerrero ante la pequeñez infatuada de “la prensa mendaz, el cotorreo de los inconcientes y el comentario de los amorfos que sólo viven de la letra de molde”.

El también pudo hablar –y así habló- de “doce años de constante ludibrio, que cubrieron la conciencia argentina con una costra de turpidad, violencia y falsedad”.

Y pudo escribir, porque conocía bien esta “ínsula criolla”, estas palabras restallantes: “Este pueblo estuvo gobernado durante un cuarto de siglo por la más cruda y orgullosa oligarquía nepótica que conoció el país; tan cruda y envidiosa en sus prácticas políticas que sus eternos beneficiarios aún no quieren creer que las nuevas auras de libertad que soplan por el mundo con pujanza de ariete demoledor, están enunciando su definitiva caída. Aún pretenden esos eternos detentadores de la cosa pública, volver a sus carcomidos sitios, haciéndose elegir por convenciones eternamente sumisas, senadores y gobernantes, a los mismos personajes que tuvieron a la provincia, durante veinticinco años, sumida en la atonía política, en la noche colonial en que hicieron escarnio de su sudor fecundo, de su labor ignorada, de sus recónditos afanes de liberación política, social y económica”.

Así era Gilberto Sosa Loyola, el valiente con sangre de Pringles que llamó a San Luis “la provincia mártir de la oligarquía ancestral”. Y así deberían recordarlo, los de adentro y los de afuera porque, con bravura de penca algunas veces, con dureza de rocas otras, y siempre con lirismo de arroyo serrano, el Dr. Gilberto Sosa Loyola, bregó por la justicia y libertad, el bien y la belleza.

Dones que soñó no sólo para sí, sino para todos los hombres de esta tierra, su tierra, cuya heroicidad nimbó su frente y encendió su palabra de paladín.

Noble testimonio de esa fraternal inquietud es, sin duda, su obra postrera: el edificio que ocupan la Facultad de Ciencias de la Educación y la Escuela Normal de Maestros “Juan Pascual Pringles”, en la que su espíritu a de velar insomne, señalando rumbos de argentinidad, mientras las recias paredes repiten el eco de su palabra, más humilde aún en el triunfo: “Respiremos tranquilos...Los puntanos del futuro tendrán techumbre, aula, voz enseñante y patios amplios. Dios nos ayude en esta sincera intención...”

Esto también es historia, carne de nuestros días, amparo de nuestras noches. Y ahora y siempre tenemos que recordarlo. Tenemos que recordar al doctor Gilberto Sosa Loyola. A Gilberto, el muchacho, soñador y romántico, de los días lejanos. Al ciudadano viril que tanto bregó por el bienestar y la libertad de sus hermanos. Al estadista maduro que trabajó por la grandeza de San Luis. Al talentoso escritor que cantó al terruño en páginas de inigualada elegancia. Al amigo de siempre, al gran amigo todo corazón y caballerosidad. Tenemos que recordarlo. Si lo conseguimos, habremos dado una prueba más de la proverbial generosidad puntana. Porque olvidar a Gilberto Sosa Loyola, será como apagar una estrella, como tronchar desaprensivamente, un laurel.

Está página es una invitación al recuerdo...

*** FIN ***